

Prólogo

Fuga sin fin

En la novela de Jorge Consiglio los protagonistas parecen salidos de una fotografía. Esto sucede desde la primera página cuando Mejía —uno de sus personajes— mira una fotografía. En ella, hay dos mujeres maduras y obesas. Además, en el grupo familiar hay un hombre de pelo engominado y dos chicos de entre diez y doce años. El hombre, es el padre, y uno de esos dos chicos, es Mejía. Esa mañana, cuando una de esas mujeres —su nombre es Celia— sale de la fotografía y le cebe mate, nos enteramos de que es su madre. La fotografía y la acción de la trama se han puesto en movimiento.

El otro personaje —Ronald Hampton— cuando entra en escena pierde uno de sus siete anillos de plata, adornado con una flor de cinco pétalos. El anillo se cae sin que él se dé cuenta, tampoco los dos hombres que lo rodean.

Hampton es un alemán que ha venido a recalar en el Río de la Plata porque antes de desembarcar en Buenos Aires ha pasado por Montevideo.

Entre los oficios de Hampton, está la fotografía. Fotos con escenas pesadas en el límite de una lumi-

nosidad perversa donde no hay que detenerse en la imagen que se ve sino en la sombra que la vela. Imágenes efectivas como la de un hombre que en un umbral helado, agoniza con las venas cargadas de heroína. Hampton hace con ellas un álbum y las escenas adquieren movimiento.

Faltan tres personajes. Dos, son como si fueran uno. Un matrimonio que se ha divorciado y que está acompañado por Eamon, un primo de la mujer que se llama Grace. El apellido del marido es Bodart.

La novela se despliega como el álbum de Hampton. Desde la primera página, todo sucede al mismo tiempo y en el mismo día y los personajes se entrecruzan. Al menos el trío, pero también Eamon con Hampton. Todos marchan, sin saberlo, hacia el mismo destino trágico.

La metáfora del álbum no es caprichosa porque es como si la narración lo recorriera de atrás para adelante y de adelante para atrás. En la narración aparecen personajes secundarios que de pronto adquieren un lugar desencadenante de la trama.

Con estos personajes y esta anécdota simple —las historias más complicadas pertenecen al pasado—, se logra un equilibrio temporal, una alternancia entre pasado presente, donde reside la maestría de la novela. A este procedimiento le podemos llamar: estructura narrativa.

Para ello, el narrador elige el recurso narrativo del viaje. Grace, Bodart y Eamon viajan en auto a un lugar de la provincia de Buenos Aires. Mejía y Hampton son satélites que merodean alrededor de este viaje.

El interior de un auto puede crear una atmósfera de un suspenso asfixiante. Una caja cerrada. Violenta no solo por la violencia física sino por la violencia de la conversación donde las palabras retumban; y por otra aún mayor, la tensión del silencio. Los personajes huyen hacia adelante escapando del pasado. Y huyen hacia un futuro tan desconocido como incierto.

Un trío, un viaje interminable a una casa mítica llamada Allison Bell. Un personaje tan real como misterioso llamado Hampton que también tiene el oficio de documentalista. No lleva su cámara pero es como si filmara todo lo que está sucediendo, menos una escena. Mejía, que trabaja como personal de seguridad, tiene que jugar su papel para que se cumpla el destino que les aguarda a los otros. Con estos recursos, el autor logra lo más importante, que el lector quede capturado hasta el final de la historia. A su modo, quizás sin pretenderlo, aunque sin la menor vacilación, *El bien* refuta aquella máxima de Gombrowicz: “Basta el vuelo de una mosca para que el lector se distraiga e interrumpa la lectura”.

Luis Gusmán

A Mónica.

A la memoria de mi madre.

*Bajo este puente pasan y pasan los trenes.
Algunos seres caen de acá, de este puente.*

Antonio Di Benedetto

Amaneció fresco. El cielo estaba cubierto de nubes. Mantenía casi inalterado un color acero que iría pesando cada vez más sobre los ánimos a medida que pasaran las horas.

En ese día de luz pobre, arrancado del sueño por el sonido agudo del reloj, Mejía comenzaba a entenderse con la realidad en una casa de bajos de la calle Carlos Calvo.

Abrió los ojos al primer pitido, como si todo fuera un artefacto armado para verificar su reacción. Tapado hasta la mitad de la oreja con una colcha, se quedó unos instantes con la mirada vacía.

Lo primero que vio fue una foto en blanco y negro que estaba sobre la mesa de luz. Era un grupo familiar posando en un patio lleno de macetas con helechos y plantas de hojas largas.

Había en la imagen dos mujeres maduras dando los primeros pasos hacia la obesidad; un hombre engomado, de bigote, vestido con el uniforme del ejército, y dos chicos, uno recorrido por la mano sinuosa de la adolescencia y el otro, más alto, peinado con agua y

con los ojos nublados. Este último era Mejía a los diez o doce años.

La puerta dejaba entrar claridad por debajo de una de sus hojas; esto lo ayudó a pararse y lo dispuso bien de ánimo.

Dijo dos o tres palabras incomprensibles mientras atravesaba el patio en dirección al baño. Tenía puesto un calzoncillo estampado y llevaba en su mano derecha otro parecido para el recambio. Sintió algo de frío y apuró los últimos pasos.

De inmediato, se abrió apenas la puerta de la habitación vecina a aquella de la que había salido Mejía. Una mujer asomó la cabeza. Con la mirada, barrió sumariamente la superficie del patio. Imposible precisar lo que buscaba. Lo cierto es que estuvo bamboleando sus ojos saltones un rato.

De pronto, se escuchó el ruido del agua chocar contra la losa de la bañera. Este hecho, en apariencia, animó a la mujer a salir de la pieza.

Caminaba con dificultad. Tenía una papada blanca con unos cabos duros esparcidos y una mata ensortijada de pelo color ceniza. En una de sus mejillas, cerca de la sien, había un lunar sobresaliente.

Era una de las dos mujeres que aparecían en la foto de la mesa de luz. Se llamaba Celia. Era la madre de Mejía. En los últimos veinte años, la mujer había ido engordando a punto tal que su salud se veía afectada. Los médicos la sometían a regímenes que ella prometía cumplir pero que transgredía en sesiones secretas

que dejaban sus huellas en fundas de almohadas o en las sábanas.

Celia entró en la cocina. Acercó un fósforo encendido a la hornalla, tomó de un estante un jarrito enlosado celeste y lo llenó de yerba. Parecía cansada. Se sentó en un banco de madera. De repente, recordó algo. Fue hasta la puerta del baño y llamó la atención de Mejía. Le dijo que no se olvidara de que el domingo antes del mediodía tenía que pasar a buscar la heladera por lo de Olázar.

Mejía no habló. La mujer se quedó un rato con el oído abierto a cualquier respuesta. Cuando comprendió que su espera era vana, volvió a la cocina y se cebó el primer mate.

El agua de la pava estaba por la mitad y un poco fría cuando Mejía se sentó al lado de su madre. Era uno de esos días en que las obligaciones lo reclamaban desde temprano.

Mejía era dueño de una mandíbula que llevaba la vanguardia al resto de la cara. Este prognatismo era la causa del seseo que lo acompañaba al hablar. Sus compañeros de tarea, siempre dispuestos para la vileza, no daban tregua a su ingenio: se pasaban la vida inventando comentarios que, de alguna forma, aludieran a su dificultad de dicción. Por este motivo, Mejía guardaba en la boca del estómago una forma inquieta, como una chispa, que cada tanto se le hacía presente.

La madre y el hijo no hablaron demasiado aquella mañana. Intercambiaron monosílabos. Celia estaba

acostumbrada al rigor, e incluso a la más descarnada de las indiferencias.

Mejía, con la boca cargada con galleta marinera y manteca, tenía ojos solamente para un artículo del suplemento deportivo. Sabía que no le sobraba el tiempo; sin embargo, se tomó casi quince minutos más de los que debía. Así fue que cuando terminó de leer tuvo que irse de su casa poco menos que corriendo.

Salió al patio y se puso al hombro un bolso que había dejado entre dos macetas. Le dio un beso al pelo de su madre. Dijo:

—Cualquier cosa, llámá.

Y recorrió con paso rápido el angosto pasillo que terminaba en la calle.

Ese mismo día, a las diez de la mañana, cuando ya llovía, Ronald Hampton perdió el último de sus siete anillos. Era una pieza con dos hebras de plata que se trenzaban y de las que surgía una flor de cinco pétalos.

Se deslizó de su dedo cuando la mano de Ronald, húmeda y pegajosa, golpeó contra el borde de mármol de una mesa de unos veinte centímetros y fue a parar junto al zócalo. Nadie, ni Ronald ni los dos hombres que estaban con él dentro de aquel cuarto, se interesó por el destino del anillo.

Ronald Hampton había nacido sobre las percutidas sábanas del Hotel Ritz, en los suburbios de Köln, Alemania, una destemplada madrugada de septiembre.

Las primeras manos que lo acariciaron no fueron las de su padre, quien yacía tirado, descompuesto, en un sillón vecino a su cuna, sino las de Thomas Wrath, amigo y compañero de oficio de la pareja.

Los padres de Ronald, Jennifer y Gregory, eran actores. Integraban una compañía de teatro clásico que deambulaba por Europa representando a los griegos. Los dos reconocían a Escocia como su patria. Se ha-

bían criado a orillas del mar, en un pequeño pueblo pesquero de la costa este de la isla, Arbroath.

Jennifer y Gregory eran muy jóvenes cuando Ronald nació. El frenesí constante que los hacía temblar frente al público tal vez fue la causa de que no pudieran sostener la convivencia y se olvidaran, casi completamente, de la paternidad.

Thomas Wrath, a quien una perenne afonía obligó a abandonar el escenario, fue el que, con naturalidad, se hizo cargo del chico. El viejo actor, con verdadero entusiasmo, tuvo el talento para armar la red afectiva que sostuviera a Ronald por sobre el inmenso vacío familiar.

Vivían en la última planta de un viejo edificio. El lugar era pequeño y las paredes estaban cubiertas de libros y fotos de Thomas en el escenario. La luz era natural durante todo el día: una inmensa abertura vidriada abarcaba casi todo el techo.

Por las noches, Ronald dedicaba los últimos momentos de vigilia a la tarea infinita de identificar estrellas. Este acto grabó en su identidad, como una necesidad impostergable, un hambre descomunal por lo inaudito.

Cada tanto recibían cartas de lugares que ni el chico ni Thomas mismo sabían siquiera pronunciar. Eran de Jennifer o de Gregory, que hablaban desde la imprecisa realidad de la distancia. De todas formas, Thomas, siempre atento a los ritos, preparaba té en un viejo samovar, y pasaban, a veces, más de dos horas tomándose licencias para inventar a los ausentes.

Ronald era un joven retraído, tenía una sonrisa breve que apenas le modificaba la posición de los labios. Le gustaba andar solo y rara vez presentaba a alguien como su amigo.

A los veintisiete años, terminó la carrera de Antropología en la Universidad de Munich. Todavía conservaba en la cara, y en menor medida en el resto del cuerpo, las formas despojadas de la niñez.

Cuando Thomas Wrath murió, Ronald ya vivía desde hacía tres años en Munich. Trabajaba por las noches en el hotel de un australiano que alojaba a inmigrantes venidos del este de Europa.

Fue en agosto. Ronald sabía que el hombre que lo había criado estaba internado desde hacía más de una semana; sin embargo, ni siquiera había imaginado la posibilidad de su muerte. Le avisaron a las cinco y cuarenta cinco de la mañana, faltaban apenas quince minutos para que terminara su turno. Cuando colgó el auricular, caminó los doce pasos que separaban su mostrador del ventanal que daba a la calle desierta y con el llanto desconsolado inauguró la dislexia que lo iba a acompañar más de tres años.

Ronald medía casi dos metros, era atlético —tenía piernas largas, torso amplio casi sin vello y en su abdomen plano se destacaban, al primer vistazo, las guías paralelas de los músculos— y llevaba el pelo —rubio, lacio— unos veinte centímetros por debajo de los hombros. Le gustaba vivir tranquilo y sin sobresaltos. Fue por esta causa que continuó trabajan-

do en el hotel incluso bastante después de haberse graduado.

Dos actividades le apasionaban además de la antropología: tocar el laúd y sacar fotografías.

Cada cuatro días, metódico, riguroso, se cortaba las uñas con un alicate plateado, para que sus dedos largos fueran certeros a la hora de buscar sonido. Contaba con un oído agudo y lo sabía. Sin embargo, con esta virtud no sostenía vanidad sino que edificaba placer.

Su compositor favorito era Christopher Hogwood; había pasado más de dos años puliendo una obra suya. Cuando consideró que había alcanzado su mejor nivel, invitó a cenar a Reiner Hawer, en ese entonces su mejor amigo, y lo tuvo pendiente con la ejecución durante cuarenta y cinco minutos.

Al finalizar guardó el laúd en su estuche, prendió una rama delgada de mirra y destapó una botella de vino del Rhin. Reiner le pidió que le sirviera algo de comer. Ronald, entonces, desapareció en la diminuta cocina. Volvió con una bandeja plateada con cinco pretzels con manteca. Reiner sonrió. Sabía agradecer con la mirada.

Aquella noche brindaron y hablaron hasta muy tarde. La mañana los encontró en la pequeña cama de Ronald cubiertos por la misma manta.

Reiner había nacido en un pueblo a treinta kilómetros de Munich. Era carpintero. Trabajaba junto a dos ebanistas en un pequeño taller de muebles de estilo. Conoció a Ronald un sábado de junio en un pub. No

bien lo vio tuvo la certeza de que era un hombre al que se le podía dar la espalda y, sin demoras, con el entrecejo fruncido, lo invitó con una cerveza y se lo dijo.

Estuvieron juntos un poco más de tres años. Fueron sabios y cuidadosos para relacionarse. Casi todos los jueves, que era el día franco de Ronald en el hotel, se encontraban a tomar un trago en la terraza de una galería. Desde aquel mirador, con las manos entrelazadas alrededor de los jarros de cerveza, eran testigos de cómo, poco a poco, las cúpulas de la ciudad se iban esfumando en la noche.

A veces, dejaban que el tiempo transcurriera sin que ninguno de los dos dijera nada. En otras ocasiones, Ronald, con las piernas cruzadas y las aletas de la nariz levemente erguidas, hablaba sobre su personal interpretación de la historia o elogiaba a los polacos por su firmeza durante la guerra. De vez en cuando, se entusiasmaba contando batallas.

Un día de febrero en el que la nieve alcanzó más de un metro de altura, Ronald apareció en el café con un sobre de papel madera debajo de su largo abrigo. Caminó despacio hasta la mesa que ocupaba Reiner y, con una sonrisa débil, le arrojó el sobre al pecho. Le dijo que mejor que no lo dejara solo nunca.

Reiner lo miró, escéptico. Abrió el sobre con delicadeza, despegando el papel en uno de los extremos, y extrajo una pila de fotos. Las pasó una a una, tomándolas de los bordes, procurando no dañarlas con la humedad de los dedos.

Las imágenes fueron efectivas. Reiner pretendió ser minucioso. Intentó entrar con su criterio en cada detalle, en lo que velaba cada sombra. Se mordió el labio y vio cómo un hombre moría con las venas cargadas de heroína en un umbral helado. Vio el ángulo de una nariz hundido en la nieve. Vio la boca de una mujer que, endurecida por el frío, yacía sobre los escalones de una estación de trenes. Vio cómo se reflejaba la luz del día en los cristales de la sangre de los que durante la noche, encendidos como antorchas, decidieron verterla.

Reiner dejó las fotos sobre la mesa y giró la cabeza. Se dejó ir por el inmenso ventanal.

Faltaban diez minutos para las cinco. La luz rescataba apenas el perfil de los edificios. La ciudad parecía querer guardar su espacio en el pecho de los hombres. Reiner detuvo su atención en la torre del Alter Hof, que se recortaba en el cielo. Luego, volvió al café. Miró con desdén el desorden de la mesa y enseguida a Ronald. Se aclaró la voz con una tos breve. Le preguntó cuándo había sacado aquellas fotos.

Hacía dos días, un poco antes de que amaneciera.

Reiner sacudió la cabeza. No tenía ningún derecho, eso le dijo.

Ronald citó a Mauriac: *Las llagas existen recién cuando sangran*. Se consideraba con derecho a todo porque su deber era hacer aún más evidente lo evidente. Después quiso saber, al fin de cuentas, cuál era la opinión de su amigo acerca de las fotos. Reiner señaló algo en

el medio de la ciudad. Habló sobre el bronce de las grandes campanas de la Frauenkirche. Después le dijo que lo que acababa de ver le parecía de mal gusto. Un despropósito. Una verdadera mierda.

Veinte minutos más tarde, la noche ya se había cerrado y ellos sostenían todavía sus caras con los antebrazos.

Julio Bodart tenía los ojos fijos en su taza de café con leche cuando la chicharra del portero eléctrico lo sobresaltó. Eran las once y cuarto de la mañana. Dos golpes de timbre: el primero, corto y disfónico; el segundo, enérgico, casi autoritario.

De inmediato, se paró con un movimiento que hizo temblar la mesa y atendió. *Ahora bajo*, dijo, y no bien colgó el auricular juntó las manos en un gesto de fastidio. Eran Grace, su ex mujer, y Eamon, un primo de ella.

Tomó el café con leche en dos tragos, se puso el saco y abandonó el departamento.

Hacía más de siete años que Julio Bodart vivía en el décimo piso de la calle Tagle. En su memoria todavía guardaba registro del día en que había escriturado. La emoción le destacaba los ojos, que de por sí eran apagados y hundidos en sus cuencas; sin embargo, ni siquiera sospechaba la importancia que tendría aquel departamento para su vida. No sabía del amparo que aquellas cuatro paredes podrían proporcionar a su ánimo. No sabía de la luz del verano entrando por la